

J.C. Brasas - Catedrático de historia del arte de la Universidad de Salamanca.

Con respecto a su nueva entrega de **Arquitecturas Imposibles**, es evidente la continuidad con la serie anterior, comenzada hacia 1976 aproximadamente y característica de la primera mitad de la década de los años ochenta. Irrumpió entonces en su obra una inolvidable serie de fantásticas composiciones, en las que aparecían vegetaciones combinadas con insólitas arquitecturas. En estos cuadros entremezclaba residuos de antiguas culturas – orientales casi siempre – con invasiones de floras que, como hiedras, se apoderaban del conjunto, dejando entrever resquicios de elementos arquitectónicos como nostálgico y evocador homenaje a míticas civilizaciones desaparecidas.

Surgieron así esas ciudades-botánicas, concebidas como un gran “Árbol de Babel” como torres imposibles que se alzaban en el espacio cual altivos castillos, grandes y maravillosas estructuras cubiertas de maleza y arboleda. Con frecuencia se trataba de ciudades lacustres, con lagos y estanques de agua que afloraban en su estructura y aparecían imbricados en la vegetación que las invadía.

En todo caso esas ciudades quiméricas e irreales, que sólo se encontraban a través del sueño, eran siempre fantásticas arquitecturas que no iban a ninguna parte y que evocaban el proyecto imposible de la construcción de la mítica Torre de Babel. Su orgullosa presencia se manifestaba mediante su ascendente estructura, que a su vez emergía y destacaba de una soñada Babilonia poblada de las más extravagantes y pintorescas construcciones. Concebidas, pues, como “árboles-ciudadelas” o “árboles-petrificados”, esas altivas y vegetales torres de forma babélicas se nos presentan entonces- merced a la vibrante imaginación creadora de su autor – como asombrosos y fascinantes paisajes oníricos, ofreciéndose a nuestra contemplación cual soberbios zigurats de un mundo zúrrela y fantástico.

Separados de la antigua Babilonia por las caudalosas aguas del Éufrates se levantaban en el centro de esas composiciones aquellos castillos encantados, recortándose sobre el azul de un cielo infinito. La imponente mole de esas torres imposibles surcadas de laberínticos canales y extrañas estructuras, se destacaba la metrópolis de la lejanía, ciudad toda ella poblada de templos y palacios coronados de fantásticas cúpulas y zigurats. Se diría que estábamos ante las gigantescas torres-vigía de una soñada Babel, ante poderosas e inquietantes construcciones que se ensanchaban absurdamente desafiando toda lógica, alzándose ante el impresionante y silencioso vacío de una ciudad dormida.

La otra orilla, a la que hacía referencia el título de uno de aquellos cuadros, no era otra cosa que la de lo imposible y maravilloso, la orilla de lo fantástico y lo mágico, sólo posible a través de la evocación nostálgica de antiguas culturas y civilizaciones desaparecidas.